CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IV

PASADAS las primeras impresiones de aquel agradable encuentro, Angela, hermana mayor de Nacho, una guapa hembra, espigada, morena, de rostro oval iluminado por unos ojos negros, fascinadores, de nariz remangada y una boca riente, acariciadora, que por lo visto cogía la dirección de todas las voluntades femeninas, se produjo con voz dulce y sonora:

—Aquí debemos pasar la mañana. He mandado prepararlo todo para

que nada os falte y haceros agradables las horas. Ya me daréis las gracias (haciendo un mohín). En seguida de comer daremos un paseito por la plaza y cuando volvamos ya estarán los caballos listos. . . .A las cuatro que salgamos de aquí será buena hora, ¿verdad?

—Como tú lo dispongas—contestó sonriente Rosaura.

—Sí, sí—declararon á una los demás.

—¡Ah, como no se aburran!—objetó Rosaura.

—Quía! Pregúntaselo á Sotero—la dijo Angela riéndose.

—No; yo, no. . .¡cómo!—se apresuró á contestar Sotero, un poco turbado y balbuciente por una sensación extraña que le anudaba la garganta.

—¿Y ustedes?— preguntó jocosa Rosaura á los otros estudiantes.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—y Nosotros. . . . ?

—Tampoco,—completó Nacho.

—De Basiliso nada digo, bien contento estará al lado de su prima—agregó con ironía Rosaura—¿No es verdad, Juana?—y soltó una estrepitosa carcajada.

Juana bajó la vista, pudorosa y atónita por aquella interpelación, y sobre todo, porque sentía que todas las miradas se posaban en ella. Por otro lado Basiliso enrojeciendo y palideciendo por instantes, apenas osó levantar los ojos que tenía enclavados en el suelo y se sonrió con su sonrisa eterna, dando vueltas en sus manos al sombrero de palma.

En su auxilio fué Angela, quien dijo, cortando esas pesadas bromas:

—Aprovechemos las horas: nosotras, á bañarnos; los señores podrán hacernos compañía hasta la tranca, de allí se volverán si les place, ó

nos esperarán, que poco tardaremos... Anda, Juanita; tú, Rosaura ¿dónde tienes tu rebozo?—y cogiendo el suyo que colgaba de un garabato movible que pendía de un tirante de la casa, interrogó: ¿Vamos?

—Lista, chica,—contestó Rosaura con donaire, á tiempo que tiraba las puntas de su rebozo hacia la espalda.

—¿Y Manuela? ¿dónde está Manuela?... ¡ah! ahí viene.

La que así llamaban era una jovencita pequeña de cuerpo, demasiado trigueña, de ojos adormilados y nariz chata. Salía en esos instantes de la cocina con un montón de tohallas.

—¿Vamos, Jacinta?—volvió á interrogar Angela dirigiéndose á una gordinflona, color de cangrejo de mar y de facciones toscas.

—En marcha—expresó el gangoso.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Las jóvenes, ya en grupo, ya enfiladas, según los accidentes del terreno ó lo interesante de la charla, iban delante; los estudiantes á prudente distancia, un tanto cortados, con ser todos personas de confianza.

Adelantaban por una calleja tortuosa limitada á uno y otro lado, acá por un cercado de varas entretejidas, acullá por órganos alineados; rara vez interrumpía esa monótona uniformidad una tranca de palos trasversales que se colocaban ó quitaban á voluntad, ó un torcido árbol de anono ó chirimoyo. Colgaban del cercado, tapizándolo, silvestres enredaderas de *catarinas* ó *cuatecomate*, matizando aquel fondo verde, flores color de rosa, amarillas y azules. Al pie crecían anémicas las violetas y las flores de *muerto*.

El piso onduloso hallábase man-

chado á veces por pequeños charcos sobre los que revolaban las mariposas: una que otra permanecía inmóvil en la húmeda arena; y en el extremo de la callejuela, á través de un promontorio de basura y troncos secos, serpeaba cristalino el arroyuelo.

A esa hora en que los tibios rayos del naciente sol atravesaban de soslayo la fronda, las primaveras, sacudiéndose el rocío de las alas, piaban saltando de la cerca á las ramas; pequeños pájaros surgían en rápido vuelo del herbazal, y en los nopales de la inmediata colina escuchábase el canto imitativo del zenzontle. En el aire cruzábanse los insectos, y en el cielo, ligeramente azul, corrían nubes finísimas de gasa hacia el Ocaso.

Al llegar á la tranca de golpe que separaba el caserío del despo-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

blado, volvióse graciosa Rosaura y dijo:

—Se prohibe pasar adelante. Aquí esperaréis quietecitos. Abur.

—Ya lo creo que esperarán—afirmó Jacinta, media hermana de Basiliso—¿A qué se vuelven?

—Os aguardaremos el tiempo que sea preciso, señoritas,—contestó Tomás y terminó con esa expresión autoritaria que le daban el carácter y la edad—Nadie se moverá... estad seguras.

—Hacednos mientras ramilletes, gritó Rosaura, que ya descendía á la margen del arroyo.

Un recodo abrigado por altos ribazos y cercanos cañaverales y en cuyo fondo se extendía una poza verdosa, fué elegida para el baño, al pie de un carcomido cedro. Se destrenzaron poco á poco soltando al aire su rica mata de cabellos ne-

gros; despojáronse de las faldas de percal por abajo y del cuerpo de indiana por los brazos; se descalzaron las botinas y lentamente las medias de color que ahorcaron junto con las ligas, de los lirios inmediatos, y, enredándose las guedejas á la cabeza, quedaron en camisa. Reíanse inconscientes en presencia de su púdica desnudez. Agazapadas se acercaron unas á la corriente, otras ligeramente encorvadas, con las manos extendidas sobre el bajo vientre, mirando á todos lados. Rosaura gritaba sofocada por la sensación desagradable que le producía el agua fría al tocarla con la punta de los pies rosados; Manuela saltaba á la vista de un pequeño caracol que se arrastraba babeando por una laja, ó exclamaba de júbilo al ver que un escarabajo de reflejos metálicos que tenía á su alcance, trepaba trabajo-

samente á la raíz del árbol; Juana se extremecía al caer de las hojas sobre la linfa ó al leve susurro del cañaveral; Jacinta se entretenía en tirar al remanso fragmentos chicos de ramas secas que, arremolinándose en las revesas, seguían su curso, y Angela, sorprendiendo la candidez de todas y valiéndose de su distracción, saltó ligera á la poza: abriéronse las aguas; á su caida rápida se dibujó en el aire por un instante, un cuerpo escultural; cerráronse inmediatamente encabrillándose, y apareció sólo una flotante cabellera en la superficie. Al choque violento de Angela contra el líquido, un reguero de gotas brotó salpicando en todas direcciones; y al caer algunas sobre las carnes sonrosadas y tibias de las bañistas, las hicieron chillar y zabullirse riendo. De pronto cayeron todas las camisas en la ribera, y á

través de las ondas transparentes se esfumaron aquí y allá líneas onduladas, morbideces opulentas, colores adorables, apenas vistos y siempre adivinados: formas de estatuaria que hubieran envidiado las náyades y bayaderas y por las que Acteón reincidente, hubiera sido destrozado de nuevo al sorprenderlas, por los mastines que azuzó la Diosa. . . .

Entretanto los estudiantes se echaban de bruces en la grama, masticando delgados popotes verdes en su ociosidad; sólo Tomás se recostó contra la tranca acomodándose el sombrero á guisa de pantalla.

Repentinamente llegaban á sus oidos el chapotear de las bañistas ó sus risas argentinas provocadas por el retozo femenil, por esa costumbre sencilla de chapuzarse unas á otras con un poco de confianza que se tengan.

CAPILLA ALFONSINA

Para cumplir con el encargo de Rosaura improvisaron ramos de flores silvestres, retamas rojas y clemátides tomadas del cercado ageno.

Volvieron á echarse silenciosos en su perezosa somnolencia.

A las once en punto los sorprendió en su indolencia una prolongada carcajada de Rosaura.

—¿Qué tal? ¿nos tardamos?—preguntóles Angela, dejando caer su abundosa cabellera sobre la tohalla que colgaba á sus espaldas, anudadas las puntas á su cuello.—Estas ya no querían salir del agua.

—Sí. . . . ! — haciendo una mueca burlona, se le encaró Jacinta.— Tú fuiste la más remisa.

—Traviesa!—la dijo quien respondía por Manuela.

— Pero me la pagaste—afirmó Rosaura un tanto mohina,— con ser tú más fuerte. . . . — y terminó la frase

al oído de Jacinta, que rió de la confidencia.

—Vaya, ustedes temían meterse.... de alguna manera habíamos de terminar aquello, se hacía tarde, —rióse fuertemente.

—Hija, pero no así, cogiéndonos desprevenidas,—objetó Jacinta.

—¡Alevosa! otra vez nos las pagarás,—amenazó Rosaura.

—Sí, sí, sí! — clamaron todas rodeándola y golpeándose una mano con otra.

—Ya las pagarás juntas,—repitió Jacinta.

—Bueno, hijas, bueno,— contestó Angela con socarronería.—Otra vez ustedes me remojan, ¿eh?—y volviéndose hacia los colegiales, les indicó:

—Ahora, sed galantes: Sotero, tome usted del brazo á Rosaura; tú, Basiliso, á Juana; Nacho, ve con Ja-

cinta; Manuela y yo, con D. Tomás... nosotras las últimas, D. Tomás...Niñas, andando!

Cada cual, obedeciendo á un impulso de su corazón, obsequió á su pareja el ramo de flores.

Sotero y Rosaura, adelante de todos y un poco distantes, hablaban:

—¿Y por qué no me escribías, díme?—preguntó Rosaura.

—Te escribí.....— contestó Sotero.

—Sí, pero no con frecuencia.

—Casi lo hacía todas las semanas.

—Yo hubiera preferido todos los días,—y rióse, enseñando dos hileras de finos dientes, y levantando levemente el seno.

—Lo hubiera hecho seguramente así,—un tanto sañudo;—pero ¿para qué? ¿Para no recibir contestación? Recuerda que desde el mes de Abril no me contestas.

—No tanto, no tanto.

—Créete que no miento.

—Distracciones mías, qué quieres! —é hizo un movimiento gracioso de labios.

—No, nada de eso.

—¿Pues qué entonces?—mirándole fijamente á la cara.

—Otra cosa. . . . otra cosa, ¡ay!

—¿Estás celoso? — inclinando levemente la cabeza para mirarle bien y llevándose con la mano izquierda, tras las orejas, el pelo suelto.

—La verdad, sí.

—No tienes razón,— y tendió hacia atrás la cabeza, sacudiendo su hermoso pelo por el que corrían hasta detenerse en la punta, temblantes, delgadas gotas de agua que irizaban á los rayos del sol.

—¿No la tengo?

—Te digo que no.

—¿Y esa frecuente visita. . .?

CAPILLA ALFONSINA

Al comprender Rosaura á quién se refería Sotero, se puso encarnada como la grana, é inspirada por el disimulo, se agachó á coger una flor que se desprendiera de su bouquet; al levantarse, rióse nerviosamente, y dijo:

—A qué tú! ¿cuál visita?

—Te halaga oír su nombre,—dijo él con resentimiento.

—¿Te refieres á Pablo el carpintero? ¿no?

—Sí,—afirmó poniéndose pálido.

—¡Ora! Poco favor me haces con ese pobre diablo.

—Así y todo, le prefieres. . .

—¿A tí? cállate, — poniéndole la mano en la boca,—No blasfemes.

—Pero si me dicen que no sale de tu casa.

—Va por mi hermana; yo le corro bastantes desaires, ¡qué más! y así sigue yendo. ¿He de hacer otra cosa? Ya te desengañarás, querido mío.

—Bueno, veremos. . . . — profirió con acento de convencimiento.

—Nada, nada; no tienes razón,— fascinándole con sus rasgados ojos húmedos, llenos de pasión.—Díme otra cosa, bobo. ¿No tienes qué decirme?

Sotero, vibrante, musitó una frase de amor, leve como un susurro, estando á punto de besarla en la mano, qne anudó nerviosa y ardientemente con la suya; mas ella le contuvo, diciéndole quedo:

—Ya están cerca.

En esos momentos los alcanzó el grupo que se desbordaba en ruidosa algazara, hablando todos á un tiempo, interrumpiéndose y bromeándose confiados.

Penetraron en la casa, las mujeres jadeantes y con la piel rosada y fresca, y los hombres un poco sofocados por el sol del mediodía.

CAPILLA ALFONSINA

En el interior, Jacinta se le acercó á Rosaura, y, pellizcándola una nalga, la dijo:

—Ora lo verás, pícara. . . . . dirás que no te ví. . . !

—¡Ay! ¡y qué!